

(d)

MARY NASH*

– ¿Cómo llegaste a la historia de las mujeres?

Fue en el año 1970, cuando propiamente no teníamos definido siquiera el término “historia de las mujeres”, ya no digamos el de género. Yo soy irlandesa de origen y había estudiado Historia en la universidad de Cork, pero al llegar a Barcelona tuve que empezar de nuevo. Fue entonces cuando empecé a investigar en los archivos y me encontré con la documentación que las bibliotecarias ocultaban en archivos clandestinos; de no haber sido por ellas, todo hubiese desaparecido bajo el franquismo. Entonces empecé a encontrar materiales sobre organizaciones de mujeres.

– En un momento muy difícil...

Desde luego. Aunque tengo que decir que Emili Giralt, el catedrático de aquel momento, me dio la oportunidad de hacer un primer trabajo sobre mujeres anarquistas de 1936. Así empecé a trabajar lo que sería luego la tesina y luego la tesis doctoral, que presenté en 1977, sobre las mujeres en las organizaciones de izquierdas y el obrerismo durante la Segunda República. Por otro lado, en 1974 yo ya planteé que era absolutamente necesario hacer docencia en historia de las mujeres. Fue un atrevimiento por mi parte pero la idea funcionó y ésta fue la primera asignatura en historia de las mujeres, aún en pleno franquismo, que se impartió en una universidad española. Tengo que decir que, inicialmente, en el mundo académico fue muy duro, había muchísima hostilidad. Sin embargo, hay que reconocer que entonces, en el tardofranquismo, había una mentalidad especialmente abierta. Aquella asignatura me permitió organizar en el 76, junto con el alumnado de la asignatura, una serie de mesas redondas en el Aula Magna de la Universitat de Barcelona, cada dos semanas de febrero a mayo. Fue antes de las Jornades Catalanes de la Dona en 1976, el gran *boom* del feminismo colectivo aquí, y fue la primera vez que en el ámbito universitario pero también en Barcelona ciudad que había un foro de debate público, no académico.

* Universidad de Barcelona. Entrevista realizada por Núria Benach.

– ¿Dirías que aquellos años de efervescencia política fueron claves para el desarrollo subsiguiente de la historia de las mujeres e incluso del pensamiento feminista en general, o es algo que desde la perspectiva de hoy tendemos a mitificar un poco?

Yo diría que fue decisivo desde la perspectiva del pensamiento y sobre todo, de la práctica feminista. Me refiero sobre todo a las Jornades Catalanes de la Dona, que permitieron visibilizar la presencia de mujeres con una agenda política muy clara, políticamente antifranquista, como feministas y como mujeres. Yo diría, al revés, que no está mitificado sino que, más bien, se ha visibilizado. Desde la perspectiva de los estudios de las mujeres y de la historia de las mujeres, yo creo que estos años de los 70 y los 80 fueron muy duros, pero tardó más el reconocimiento académico que el social. Creo que tiene que ver con el propio sistema educativo, un modelo muy cerrado que no da mucho pie a asignaturas optativas, a introducir nuevas materias. Además, la cultura académica hasta hace poco, incluso hoy en día, ha sido una cultura muy masculina. Aún hay mucha resistencia, mucho desconocimiento.

– O sea que podríamos decir que confluyeron una cierta resistencia a la innovación en las estructuras académicas, españolas por lo menos, con una estructura muy masculina y un poco hostil tanto a la historia de las mujeres como a la misma presencia de las mujeres en situaciones de cierta influencia.

Y luego diría, también, que había pocos estudios académicos y tesis doctorales de envergadura, por ejemplo, con lo cual se tenían que ir creando todas las materias que se iban manejando, esto también fue una dificultad añadida. Y también la escasez de recursos. Porque para crear escuelas, para crear investigación, para crear materiales se necesitan unos determinados recursos. Y tampoco se consideraba un mérito científico. Dedicarse a la historia de las mujeres era un riesgo académico que yo asumí pero entre gente de mi entorno había muchos abandonos.

– Me gustaría incidir un poco en la temática de tu trabajo inicial, que se concretó en tu tesis doctoral, porque esa línea de investigación ha durado décadas en tu vida. Si pienso en la publicación de tu libro *Rojas*, no me acuerdo en qué año fue...

En 1999.

– Bastante reciente desde los 70 que hablábamos. Lo que quiero preguntarte es, ¿cómo es posible que una investigación que se inicia treinta años atrás, que da lugar en su momento a una tesis doctoral, fructifica al cabo de tanto tiempo en un libro que, además, es muy bien recibido y es todo un éxito editorial?

Bueno, yo llevaba treinta años trabajando y publicando sobre las mujeres en la guerra civil pero el reconocimiento público no llegó hasta la publicación de *Rojas*. Como decías, sí, la historia de las mujeres en la Guerra Civil y durante la Segunda República forma parte de mi vida, mi trayectoria de investigación y de docencia más allá de treinta años. Cuando empecé a trabajar en este tema, el primer reto era la ausencia total. Es decir, cuando yo empecé a decir que existían organizaciones como Mujeres Libres, como Mujeres Antifascistas, algún académico llegó a decir que me lo estaba inventando. En aquel momento la prioridad era el rescate, la recuperación de la memoria histórica, poner de relieve su existencia. En este sentido, los títulos de mis primeros libros son significativos... Por ejemplo, *Presencia y protagonismo* o *Más allá del silencio*. Era toda una afirmación del silencio a la evidencia, al protagonismo, al reconocimiento.

– Eran títulos de combate...

Sí. Mi planteamiento conceptual en aquel momento era el rescate, la recuperación de la memoria y, también, la visión heroica. La historiografía que trabajaba el ámbito de la Guerra Civil o la Segunda República u otros temas, como el obrerismo, era una historiografía vinculada con la oposición al franquismo y con postulados progresistas respecto al tratamiento y conocimiento histórico y, claro, yo me impliqué en esa visión heroica sobre todo respecto a la Segunda República y la Guerra Civil. En aquel momento era un posicionamiento político necesario. Yo hice una investigación muy exhaustiva, logré reunir una documentación extensísima porque, en mi condición de extranjera pude consultar el archivo de Salamanca, vetado en aquel momento a los españoles, con lo cual pude reconstruir muy bien todo lo que representaba el panorama, las organizaciones, sus planteamientos, etc. Al cabo del tiempo, lo que ha cambiado es mi enfoque conceptual. Me fue durísimo volver sobre mí misma. Porque respecto a la documentación encontré poca cosa más y volví a mis propios trabajos, con otros interrogantes y planteándome las cosas de otra manera, menos heroica, buscando las paradojas, las contradicciones, haciéndome otras preguntas, desde las representaciones de la miliciana hasta las extraordinarias dificultades y los límites que también existían tanto en la agenda de las mujeres como en las transformaciones revolucionarias que se plantean respecto a ellas. Este enfoque ha llegado más a la gente, más allá de la academia, quizás porque es un planteamiento menos político pero más social y cultural. Una de las cosas que más satisfacción me ha dado es la reacción al libro por parte de nietas e hijas de mujeres de la Guerra Civil. Me emocionó muchísimo una mujer mayor que me decía que leía una página al día, porque claro, no llegaba a más...

– Parecería pues que existe una adaptación del investigador al contexto histórico que le toca vivir. Porque investigando sobre la historia de las mujeres en la Guerra Civil en los años 70 en un

momento político muy duro en España, hiciste un trabajo muy de afirmación Y luego, veinte, treinta años más tarde, cuando las circunstancias han cambiado y lo han permitido, te has podido dedicar a hacer un trabajo con un enfoque mucho más complejo, mucho más elaborado, recogiendo contradicciones, lo cual sin duda habrá hecho que tu libro *Rojas* sea un trabajo para nada simple.

Desde luego, es muchísimo más complejo, muchísimo más matizado. Yo pensé que las mujeres del 36 que vivieron aquella época estarían incómodas o que rechazarían el libro, precisamente por eso, porque demuestro tanto el lado positivo como el negativo. Sin embargo, se convirtieron en mis mayores “fans”. Yo estoy absolutamente convencida de que el contexto marca. Cuando escribía *Rojas*, me hacía un tipo de preguntas que en los años 70 no se me habrían ocurrido. También hay que tener en cuenta los cambios de la propia historiografía; a principios de los años 70 era sobre todo una historiografía política; la historia social, que era el enfoque fundamental en los años 80, me dio los instrumentos para pensar y enfocar el trabajo. En aquel momento empezaba a notarse la influencia de la historia cultural. Y, también, el tercer elemento sería, lógicamente, el desarrollo de la teoría feminista y sobre todo, el desarrollo de los estudios de las mujeres que está mucho más afianzado, evidentemente, en la década de los 90.

– En esta evolución intelectual de tantos años, me gustaría ahora incidir en nuevos enfoques y nuevos aspectos con los que has venido trabajando últimamente. Desde hace unos años diriges un grupo de investigación Multiculturalismo y Género en la Universidad de Barcelona. ¿En qué momento sientes la necesidad de incorporar esa nueva dimensión de la diversidad cultural a tus estudios de género?

También ha sido una trayectoria larga. Yo empecé interesándome por el tema de la raza históricamente construida, porque me había interesado mucho el tema de la reforma sexual en el anarquismo y el eugenismo, a principios del siglo xx en España. En algún momento, hubo una confluencia de intereses, que me hizo saltar del planteamiento histórico o historiográfico a temas mucho más actuales en relación con la diversidad cultural en la actualidad. A finales de los 80 empecé a dar cursos de doctorado sobre el tema de raza, género, y a partir de aquí, otra vez, se unió un grupo de gente y es lo que configuró el grupo que a principios de los 90 empezó ya a trabajar, y de forma reconocida a nivel institucional desde 1998 cuando se constituye Multiculturalismo y género. O sea que empecé en estos temas antes del impacto de los flujos migratorios en España.

– Multiculturalismo y género son dos términos que, puestos de lado, a veces generan algunas dificultades; en particular me estoy refiriendo al tema de los derechos de las mujeres, los derechos civiles, sociales de las mujeres que en nuestra sociedad occidental hemos tardado

siglos en obtener, y a cómo a veces se hace difícil la compatibilidad entre la defensa de esos derechos de las mujeres con el respeto de la diversidad cultural. ¿Cómo abordarías este tema?

No, no tengo la solución ni mucho menos, creo que hay un debate abierto, y de entrada tal y como lo formulas tú, puede ser que a veces incluso parezca incompatible. Yo vengo de una tradición de generaciones de mujeres que hemos tenido que luchar por nuestros derechos, pues yo creo que aquí lo que hay que establecer es dónde están los derechos, por un lado, pero desde el respeto, éste es el gran tema. En Europa a mí me ha interesado, por ejemplo, los planteamientos que hacen muchas mujeres emigrantes que proceden de diferentes culturas, de gran reconocimiento de la diversidad cultural en el sentido de admitir el recorte o la limitación de los derechos de las mujeres que plantean ellas de forma muy clara. Precisamente, lo que les interesa son los derechos de las mujeres. Entonces, yo creo que es un tema muy complejo; por un lado desde Occidente con esta voluntad de reconocimiento, respeto, etc., habría una incomodidad en poner límites. Y esto sí que ha afectado de forma bastante clara a todo lo que se refiere a la mutilación genital o en el caso nuestro de aquí, la violencia de género. Éstos son temas de tolerancia cero. Hace unos años quizás había mayor dificultad en asumir esta postura, y en el caso de la mutilación genital creo que es muy importante que esto no proceda de la mirada de las mujeres occidentales. Son las propias mujeres, en el caso de África, que están en este momento, en los últimos diez años, muy avanzadas, muy organizadas, las que están planteando en su propio terreno, desde el respeto a su propia cultura, la necesidad de poner límites. Y esto sí creo que es el puente de diálogo entre nosotros y ellos.

– Habría que reconocer la propia capacidad de las mujeres en el contexto en que están para decidir sobre cuáles son sus límites.

Sí, en mi libro *Mujeres en el mundo* es una de las cosas que intenté hacer ver. Este reconocimiento de la capacidad de agencia de las mujeres, de plantear desde su contexto, desde su cultura estrategias de resistencia, de avance, de emancipación o de liberación; en fin, que son capaces de plantar cara. El proceso puede ser diferente, puede ser en otros tiempos o con prioridades distintas, que hay que reconocer. Tenemos un velo en Occidente para reconocer los movimientos de mujeres, y debemos no tratarlos de una forma paternalista pensando que la única vía es la occidental; ellas han de encontrar su camino y hay que dejarlas hacer. Darles recursos posiblemente pero reconocer su vía, nosotros no podemos inventarla. Creo que quizás hemos caído en la visión victimista, del mismo modo en que desde la perspectiva de la historia de las mujeres, la mujer ha sido víctima constante, pues hemos caído en la misma trampa, hasta hace poco, respecto a mujeres del llamado tercer mundo.

Mary Nash

– En el libro tomas explícitamente una posición a favor de dejar oír la voz de las propias protagonistas intentando evitar la exportación de nuestros modelos por muy orgullosas que nos sintamos de ellos al cabo de siglos. Sin embargo, admites la existencia de algunos límites que no se pueden transgredir bajo ningún concepto ni bajo ningún valor multicultural, como los que mencionabas, que son absolutamente graves. Pero que desde un punto de vista conceptual no dejan de generar un problema.

Totalmente de acuerdo. Es un debate abierto. El problema, desde mi perspectiva, es que hay determinados límites y ya he señalado dos. Pero el reto es cómo vamos a construir conjuntamente mujeres del mundo no-occidental y occidental –y además no me gusta esta situación binaria de posicionamiento, de entrada– la definición de lo que es aceptable y de lo que no, de lo que es tolerable y de lo que no lo es. Creo que ésta es la vía para hacerlo, reconstruir, por ejemplo, una carta de derechos de las mujeres con los límites absolutos y lo que serán los avances. La vía será ésta, la vía del pacto, del diálogo transnacional, intercultural.

– Hablando de interculturalidad y ya para finalizar, me gustaría que comentaras si esa complejidad, esa interacción no se está ya produciendo también en nuestros contextos geográficos que son receptores de inmigración, donde tenemos mujeres de otras minorías étnicas que conviven, que interrelacionan con personas de otras culturas. Si ese no es un marco adecuado, si no es un crisol donde se pueden generar estas nuevas propuestas de futuro.

Sí, sí. Yo creo que existe el marco pero que aún no tenemos los espacios, tanto desde la perspectiva de la propia diversidad como de las mujeres emigradas. Es decir, solemos utilizar un estereotipo determinado para definir una mujer inmigrante, habitualmente como mujer musulmana cuando no refleja la realidad. Lo que hay que crear son espacios auténticos de diversidad cultural.